

bondadoso es el Rey José... ¡Cuánto nos iremos anoche! El me preguntó: "¿Por qué dicen los españoles que soy borracho, cuando no bebo más que agua?" Yo me quedé un tanto cortado; pero disculpé á mis paisanos como pude.

—Mañana—dijo Amaranta,—nos iremos mi tía y yo, pues ya á fuerza de sermones, voy logrando vencer su repugnancia á los franceses. Y ahora que me acuerdo, tío, tiene usted que procurarme una *carta de seguridad* para que pueda escaparse de Madrid una persona injustamente perseguida.

—¡Oh, no, de ningún modo!—dijo el diplomático.—Yo no oculto insurgentes, ni favorezco de modo alguno la insurrección. ¿Cartitas de seguridad? Nada, nada, sobrina, no ampares pícaros, ni protejas á los que se obstinan en aumentar los males de la patria. Sométanse todos á ese bendito soberano que no bebe más que agua, y entonces se acabarán las precauciones. Es preciso sofocar la insurrección que hierve en los alrededores de Madrid, y hacen muy bien en no dejar salir ni una mosca.

—Bueno—dijo Amaranta.—Mañana ha de llegar mi primo el duque de Arión, y él me dará cuantas cartas de seguridad se me antoje pedirle.

—¡Que viene mañana!—dijo el marqués.—Yo le esperaba esta noche. Me han dicho que ya cumplió la misión que le dió el Emperador en Burgos y ha regresado al cuartel general. Entrará también en la servidumbre

del Rey José. Si llega mañana, inmediatamente os marcharéis todos juntos al Pardo. ¡Cuánto deseo verle! Era tamañito así cuando su madre se fué á vivir á París hace catorce años. Era muy travieso; yo, jugando á todas horas con él, le inculcaba los rudimentos de la historia patria. ¿Me deparará Dios un excelente yerno?

—Veremos—repuso Amaranta.—No puedo dar mi opinión mientras no le trate. El duque de Arión se ha educado en París.

—Educación á la francesa—dijo Salmón.—*Vade retro*. ¿Apostamos á que viene mi señor duque hecho un filosofillo de tomo y lomo?

—¡Oh, no!—exclamó el diplomático.—Desde que supe que se había afiliado al bando napoleónico, le tuve por muy discreto. Su entrada en España con el Emperador, las difíciles comisiones que éste le ha dado para entrar en tratos con las ciudades rebeldes, prueban... ¿pero qué veo?... Las dos, y yo aquí de conversación olvidando las mil comisiones... adiós, sobrina, adiós, padre Salmón y la compañía. Yo me vuelvo loco con tanto ir y venir... Es terrible que esos señores no puedan hacer nada sin uno... adiós, adiós.

Y sin cesar de hablar salió de la habitación y de la casa apresuradamente.